

HISTORIA
DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepción y Asunción
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 67.

DE LAS FERTILIZACIONES

HECHAS EN LA ISLA DE CUBA

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

CON UNO DE LOS AUTORES

fuerzas de aquella época; la Iglesia y la Monarquía, que el rey, jefe supremo en el orden temporal debía estar siempre al lado del Papa, jefe supremo en el orden espiritual. Sabía que en aquel tiempo el Emperador era jefe de una sociedad civil que era ante todo y sobre todo una sociedad cristiana; importaba, pues, que la elección del Emperador, rey de los pueblos, fuese reconocida y sancionada por el Pontífice, rey de los cristianos; que sobre su poder de emperador estuviese su conciencia de creyente, siendo el atenerse á las leyes de esta conciencia la condicion primera de su real investidura, y que si en vez de estar conforme con la fe y la moral católica, que juraba solemnemente defender, se declaraba su enemigo, á los ojos del Papa, lo mismo que á los de sus súbditos, abdicaba todo derecho; dejando de ser cristiano dejaba de ser rey para constituirse en faccioso ó en déspota. De esta suerte la in-



EL CONDESTABLE DE BORBON.

vestidura del poder quedaba circuida de la auréola del derecho, su legitimidad tenía un carácter altamente sagrado, reconocían los reyes algo á que debía someterse su soberanía: los papas á la par que tutores de los reyes lo eran de los pueblos estableciéndose así la verdadera libertad política (1).

Atiéndase á lo que consigna ya en aquella época el derecho escrito.

«El rey debe andar recto, dicen las Capitulares; pues de rectitud deriva el nombre de rey, de lo contrario ya no es rey, es un tirano... El deber especial del rey es gobernar al pueblo de Dios; pero gobernarlo conforme á equidad y justicia; el rey es ante todo el defensor de las iglesias, de los servidores de Dios, de las viudas, de los huérfanos, de los demas pobres; de todos los necesitados en general (2).»

Hé aquí unas reglas que, establecidas en la época de Carlo Magno, pasaron á tener un carácter general y á constituir el derecho de la Edad Media. El rey que á ellas faltaba era in-

(1) Cesar Cantú, *Hist. Univ.*

(2) *Rex enim a recte agendo vocatur. Si enim pie et juste et misericorditer agit, merito rex appellatur... Regale ministerium specialiter est populum Dei gubernare, et regere cum æquitate et justitia... Ideo enim debet primo defensor esse æcclesiarum et servorum Dei; viduarum, orphanorum, cæterorumque pauperum, nec non et omnium indigentium. Capitul. Reg. Addit. 2.ª c. 24. et 25.*

digno del trono. Pero ¿quién había de ser el juez? No podía ser otro que la Iglesia y en particular su jefe.

Carlo Magno en una capitular de Thionville, dada el 805, somete á todos los súbditos de su imperio, incluso sus propios hijos, al fallo de los obispos, debiendo en caso de rebeldía ser privados de sus palacios, de su dignidad, de sus bienes y reducidos á destierro (1).

Es verdad que el derecho de la Edad Media no es el de los pueblos modernos. Hoy ni los papas deponen á los reyes ni piensan éstos en reconstituir el régimen feudal.

«Las condiciones de nuestro tiempo, dice el ilustre Pío IX, son enteramente distintas, sólo la mala fe puede presentar á nuestros ojos hipótesis quiméricas, en la realizacion de las cuales hoy nadie piensa,» palabras que, segun la interpretacion del sabio cardenal Manning significan que «las condiciones morales que hacian equitativa y hasta exigían en la Edad Media la deposicion de los tiranos; entónces, que la sociedad era cristiana y católica, cesan absolutamente de existir hoy, que la sociedad no es católica, ni siquiera cristiana.» El eminente prelado termina diciendo: «Mientras no vuelvan las condiciones morales que justificaban el ejercicio de aquel poder, la Iglesia no lo empleará nunca (2).»

Hoy en lugar de la soberanía de los pontífices, hay más alta que los reyes la soberanía de las revoluciones, y por cierto que si contamos los reyes que depusieron los papas y los que deponen las turbas, sin duda se comprenderá que el derecho cristiano de la Edad Media bajo este respeto tiene poco que envidiar al derecho revolucionario de los pueblos modernos.

Debidamente planteada la cuestion ya que todavía hoy, ya que no la persona, al ménos el nombre de Gregorio VII continúa siendo perseguido, proseguiremos el interrumpido hilo de nuestro relato.

LVI.

Triunfo de Gregorio VII.

La excomunion de Gregorio VII contra Enrique IV produjo tal sorpresa en unos y tal impresion de terror en otros, que hubo de causar una conmocion general (3).

Deslíndanse desde luégo los campos. De una parte están los simoníacos, los clérigos incontinentes, los adversarios de Gregorio VII; de la otra parte los obispos que desean la reforma, los monjes, los enemigos de Enrique.

En Roma mismo apénas pronunciado el anatema no se oye sino una pregunta:—¿Estáis por el papa ó por el emperador? Era una cuestion capital, una lucha en que no había neutrales; el que no se contaba entre los enemigos había de contarse entre los adversarios. Duques, condes, pueblo, entre el clero mismo reinaba profundísima division.—¿No sois partidario del Rey? se decía; pues sois amigo del Papa. ¿No estáis por las declaraciones del Papa? pues sois del partido del Rey. La guerra era, pues, de todos contra todos.

La madre de Enrique despues de este hecho empezó á languidecer; la excomunion de su hijo clavóse en su corazon á manera de aguda espada, segun una frase de aquel tiempo (4).

El Papa escribe á las diversas corporaciones de Alemania, obispos, abades, duques, condes y otros grandes del imperio teutónico, una carta notable por su lenguaje tan templado como digno:

«Sabemos, dice, que la noticia de la excomunion del Rey ha llegado ya hasta vosotros, aunque muchos dudáis si ha sido legítimamente excomulgado. Queremos explicaros los motivos que en conciencia hemos tenido, á fin de responder así á los que nos acusan de haber

(1) Baluz., t. 1, p. 437.

(2) *The Vatican decrees in their bearing on civil allegiance, ch. II, p. 82. sqq. London 1875.*

(3) *Universus noster orbis Romanus tremuit.* Bonizo.

(4) *Cujus animam ipsius gladius damnationis non parum sauciaverat.*

desenvainado la espada espiritual, más bien por temeridad ó por venganza personal que por celo en favor de la justicia... Hemos empleado todos los medios, reprensiones, súplicas, exhortaciones, para conducirlo al buen sendero, sabiendo que Dios nos ha de pedir un día cuenta de su alma. El Rey se contentaba con hacernos promesas humildes que pisoteaba despues... Este Príncipe, irritándose contra la correccion, no ha cejado hasta lograr, en lo que ha estado de su parte, que los obispos en Italia y cuantos ha podido en Alemania renunciassen á la obediencia de la Sede Apostólica. Al verle llegado al colmo de la impiedad hemos procedido á excomulgarle por dos principales razones; primera, por haberse opuesto á alejar de sí á aquellos que, culpables de dilapidaciones y de simonía, habían sido heridos por la Santa Sede; segunda, por haberse resistido á hacer penitencia de sus crímenes y haber destrozado con un cisma el cuerpo de JESUCRISTO; es decir, la unidad de la Iglesia... No creo que se hallen entre los fieles hombres capaces de creer que hemos procedido injustamente, áun cuando no se atrevan á declararlo de una manera pública... Si el Rey cambia de disposiciones, el Papa, á pesar de todo lo que ha hecho, se apresurará á recibirle en el seno de la Iglesia.»

Enrique fingió recibir la noticia de la excomunion con indiferencia, hasta con desden, persuadido de que habían de poder poco las excomuniones contra él, que contaba con los ejércitos.

Al formarse en Roma la tempestad que iba á caer sobre su reinado, Enrique hallábase ocupado en repartir á sus favoritos los bienes arrebatados á los sajones, en obligar á la vejada Sajonia á edificar con sus sudores y con sus recursos las fortalezas que habían de servir de baluarte á sus opresores (1), olvidando que sin levantarse sobre aquel pedestal de murallas de piedra había otro poder que iba á romper en su mano la espada de sus victorias. «Nunca, escribe el célebre crítico Voigt á este propósito, ni las murallas ni el hierro podrán defenderse contra una creacion del espíritu; y todo aquel que, pagado de sí mismo, cuenta con un apoyo exterior más bien que en la fuerza moral, no podrá sostener un edificio que más ó ménos tarde al fin se vendrá abajo (2).»

Enrique se encamina á celebrar las Pascuas en Utrech, cuyo prelado, Guillermo, hombre de extraordinaria actividad é iniciativa, se le manifestaba completamente adicto. Allí fué donde recibió al embajador que él había enviado á Roma y que le traía la sentencia de excomunion.

La fiesta de las Pascuas celebróse aquel año en Utrech con pompa extraordinaria, pocos días despues de que Enrique IV y el obispo Guillermo tuviesen la noticia oficial de que aquél estaba excomulgado. El Obispo se presenta en la Iglesia seguido de todo su cortejo, y sube al púlpito. Apénas hubo pronunciado algunas frases sobre el Evangelio de la festividad, empieza á ocuparse del Papa, á proferir contra Gregorio una serie de insultos y de calumnias, á tratarle de mal apóstol, de perjuro, hasta de adúltero.—«¡Pues bien! sigue diciendo con fuerte entonacion y descompuestos ademanes; este hombre ha excomulgado á nuestro Rey; pero no hay nada tan ridículo como una excomunion semejante (3).»

Guillermo sale de la iglesia para ir á su palacio aquejado de una enfermedad que ofrece desde luégo gravísimos síntomas. Los horrorosos dolores que sufre en su cuerpo vienen agravados por la tortura que experimenta en su alma. Moja el lecho con lágrimas que salen en abundancia de sus ojos pidiendo á Dios perdon por haberse hecho cómplice de los delitos del Rey al sostenerle en su desarreglada conducta y por haber insultado y calumniado al Papa.

Rodean su cama multitud de servidores de Enrique. Guillermo se vuelve hacia ellos exclamando con palabras entrecortadas por el llanto:

—Id á decir al Rey que él y yo y todos los que hemos protegido sus desórdenes estamos perdidos por una eternidad.

(1) Lamb., ann. 1076.

(2) Voigt, *Greg.* VII, l. VIII.

(3) Lamb. *Ann. Saxon.* Paul Benv. Langii., *Chron. Citicense.* ap. Pistorium, t. I, *Annales Trevir.* 1076. Ann. Magdeb.

Los clérigos que le asisten le suplican que no hable de esta suerte.

—Pero ¿por qué, replica Guillermo con imperiosa palabra; por qué no he de manifestar lo que en mi espíritu veo tan claro, tan evidente? ¿No véis? exclama aterrado como si contemplara espantosos espectros. Los demonios están pegados á mi lecho para apoderarse de mi alma tan pronto como salga del cuerpo. Os suplico á vosotros y á todos los fieles que no roguéis por mí despues de mi muerte.

Guillermo espiró entre los horrores de la desesperacion.

Burchard, obispo de Misnia, falleció poco despues á consecuencia de una caída de caballo, y Eppon, obispo de Ceitz, deslizándose de las márgenes que amparaban un riachuelo pereció ahogado.

El duque Gezelon, uno de los mayores enemigos de Gregorio y ardiente partidario de Enrique, moria asesinado por su cocinero, falleciendo tambien en los mismos días de repente Enrique, obispo de Espira.

Al fallecimiento de esta multitud de personajes que pertenecían al bando del Emperador debe añadirse el que Matilde, condesa de Toscana, cerraba los ojos á su madre Beatriz, que fallecía en sus brazos, mientras que el esposo de ésta, Godofredo, acababa sus días víctima de un asesinato, como si la Providencia tratara de cortar el débil lazo que unía la Italia con la Alemania.

Apoderábase de estos hechos la imaginacion popular para dar mayores proporciones y colorido á la realidad por medio de la leyenda.

Por su parte los amigos de Enrique tomaban la revancha haciendo correr el falso rumor de que al fulminar al Papa su anatema contra el Rey, el trono pontificio en que se sentaba se había hundido haciéndose mil pedazos.

Ya se concebirá la excitacion que dominaba en todas partes.

Los adversarios de Gregorio VII pretendían que el Papa había excomulgado el Emperador contra el parecer de los cardenales (1), desentendiéndose de las prescripciones de la disciplina eclesiástica y de los santos cánones y sin que precediera una acusacion formulada en un sínodo.

Herman de Metz, que venía figurando como adicto al partido de Enrique, escribió al Papa exponiendo sus dudas sobre la validez de la excomunion fulminada contra el Rey (2).

Gregorio le responde:

«En cuanto á los que dicen que un rey no debe ser excomulgado, aunque su impertinencia no merece una contestacion, sin embargo, les remitiremos á las palabras y á los ejemplos de los Padres para que no olviden la sana doctrina. Que recuerden lo que san Pedro ordenaba al pueblo en la ordenacion de Clemente... Que tengan en cuenta por qué el papa Zacarías depone al rey de Francia... Que vean en la historia de san Gregorio cómo en virtud de privilegios concedidos á algunas iglesias, no sólo excomulga á los reyes y señores que traten de destruirlos, sino que les priva de sus dignidades (3). Que no olviden que san Ambrosio no se contentó con excomulgar á Teodosio, le prohibía ademas permanecer en el sitio de los sacerdotes en la Iglesia, por mucho que este príncipe fuese, no sólo rey, sino verdaderamente emperador por sus costumbres y por su poder. ¿Pretenderán por ventura que cuando Dios dijo á san Pedro: *Apacienta mis ganados*, exceptuó á los reyes?... Que tengan en cuenta lo que el papa Anastasio escribía sobre sus dignidades al emperador Anastasio, y lo que dijo san Ambrosio en su pastoral: «El episcopado está tan por encima de la dignidad real como el oro respecto del «plomo.» Bien lo comprendía Constantino al querer ocupar el último lugar entre los obispos.»

No hay que decir que los monjes repetían y comentaban estas palabras ante las muchedumbres, entre las que Enrique IV por sus atentados se había hecho altamente impopular.

(1) Bennon, *In vita Greg. IV.*

(2) Bruno, p. 126. *Baronii Annal.*, an. 1076, núm. 43.

(3) *Epist.*, XX, l. 10.

Haciendo el Emperador como que se desentendía por completo de la excomunion, al tener noticia de la muerte de Godofredo, hace donacion de la Lorena á un hijo suyo de dos años, da á Hildorf la investidura de arzobispo de Colonia y convoca para el día de Pentecostes (15 de mayo de 1076) una asamblea de obispos y de príncipes que ha de reunirse en Worms, donde habrá de ser juzgado solemnemente Gregorio VII.

Entónces Enrique IV empezó á persuadirse de su aislamiento.

De los obispos que firmaron ántes la condenacion del Papa, dos habían muerto y muchos escribían á Roma protestando su adhesion á lo hecho por el Pontífice; el de Tréveris, Udo, se encaminaba á la ciudad eterna para arrodillarse á los piés del Padre Santo y exponerle su arrepentimiento, miéntras que algunos otros que estaban en relaciones con la abadía de Cluny, no atreviéndose á presentarse como hostiles al Emperador, estaban completamente retraídos. En el Mediodía de Alemania los príncipes Rodolfo, Welf y Bertoldo, que ya se habían manifestado anteriormente simpáticos á la causa representada por el Papa, se ponían de acuerdo con el arzobispo Gebhard de Salzburgo y los obispos Adalberon de Wartzburgo y Altman de Pasau á fin de dejar que surtiera sus efectos la excomunion lanzada contra Enrique.

Pero la principal, la más fuerte oposicion al Emperador donde se organizaba era en la Sajonia. Aquel pueblo tan bravo en la defensa de su nacionalidad como resignado al sonar la hora de sus grandes infortunios, se acuerda de que el despotismo imperial le arrebató sus jefes, le cerró sus asambleas, le rodeó con multitud de fortalezas de un cinturón de piedra donde le era imposible respirar el aire de su perdida libertad, y cree llegada la hora de sacudir el yugo que lo aplasta.

Es tal la impresion producida en toda Alemania por el anatema de Gregorio, que las cárceles donde yacían los príncipes sajones prisioneros de Enrique se abren sin consultar siquiera al Emperador.

Aquellos príncipes, rotas sus cadenas, corren á su querida Sajonia, enseñan á sus compatriotas aquellos baluartes donde la espada de la opresion estaba suspendida sobre sus cabezas, recuerdan á los aldeanos que los bienes que éstos recibieran de sus familias han tenido que venderlos para satisfacer insoportables contribuciones que les imponía Enrique, que la soldadesca del Emperador se salía de los fuertes para esparramarse en sus campos ó en las calles de sus ciudades y robarles sus graneros y sus rebaños, que les era imposible amasar con el sudor de su frente ni tan sólo lo que tenían que pagar por el impuesto.

Aquellos príncipes, que respiraran hasta entónces el sofocante aire de los calabozos, encontraban ya preparados á sus compatriotas.

Había allí dos jóvenes hermanos, Guillermo y Thierry, hijos del conde Geron, que habiendo perdido gran parte de su patrimonio, su ilustre cuna quedaba oscurecida por su pobreza, gracias á lo cual pudieron pasar desapercibidos al realizar el Rey sus venganzas.

Ocultos á la otra parte del Elba, apénas creyeron que la patria necesitaba de sus esfuerzos, corren hacia ella, congregan en torno suyo algunos guerreros jóvenes como ellos, pero como ellos entusiastas. Lo que empezó por ser una pandilla iba convirtiéndose en ejército; y engrosadas sus filas con los vasallos de los príncipes que gemían en las cárceles y multitud de hombres libres, se hallan en disposicion, no sólo de ejercitar sus fuerzas en pequeñas escaramuzas, sino de librar contra las tropas del Emperador batallas formales. La Sajonia aplaudía y secundaba la empresa pensando que era preferible morir con honra por la patria, por sus hijos, por sus esposas, que arrastrar entre tantos sufrimientos una vida más triste que la muerte (1).

Al presentarse los personajes que despues de presos habían sido los primeros en recobrar su libertad, que fueron Herman, tío del duque Magno, y Thierry de Catalemburgo, mezclándose entre la muchedumbre, exclamaron:

(1) *Satius judicantes, pro patria, pro liberis, pro conjugibus, honesta morte perfungi, quam inter tantas tribulationes omni morte tristiores vitam agere.*

«¡Bravos sajones! ¡Volved á levantar vuestras frentes, sacudid el yugo y no volváis á encorvaros nunca bajo el peso de semejante esclavitud! ¡No consintáis que vuestro país sea tributario; conservadle libre como le recibisteis de vuestros mayores y no dudéis de la protección divina! Ved como ella nos ha socorrido en nuestro cautiverio; pero todo aquel que haya solicitado los favores del tirano sacrificando á su país, que salga inmediatamente desterrado para siempre de su patria como un enemigo pérfido y como un perjuro (1).»

Al efecto mágico de estas palabras los viejos partidos olvidan sus divisiones, una bandera comun, que es la de la independencia de la patria, une á todos los sajones; jóvenes y viejos empuñan las armas y apodéranse de los castillos guarnecidos por las tropas del Emperador, cuyos soldados se obligan bajo juramento á no volver á aparecer en territorio sajón como enemigos.

Por otra parte, el partido contra el Emperador, formado por los grandes de Baviera, de Suabia, de Franconia iba haciéndose cada día más numeroso (2).

El Emperador se revolvía en su impotencia, teniendo accesos de desesperacion que rayaban en locura.

Trata de castigar al obispo de Metz por haber dejado salir libres á los sajones prisioneros; pero Enrique mismo hubo de convencerse que en el estado de desorganizacion en que se hallaba la Alemania carecía de fuerzas para ello (3).

Llega el día de la reunion de Worms. Ninguno de los individuos influyentes de la grandeza comparece á la cita. La asamblea tuvo que suspenderse por este motivo, aplazándola para más adelante en la ciudad de Maguncia.

El Emperador se vale de todos los medios para lograr que los príncipes se presenten en esta última ciudad. No logra que acudan á su demanda sino unos pocos que ni siquiera aciertan á ponerse de acuerdo.

Á Enrique no sólo le faltan hombres, le faltan tambien recursos. Mientras se hallaba en Maguncia ordena que se le presenten algunos señores sajones que guardaba presos todavía, á quienes ofrece la libertad con tal que se comprometan á pagarle un fuerte rescate. Mientras se verificaban estas negociaciones, estalla en Maguncia mismo una conspiracion. Derrámase sangre en abundancia, brilla por las calles la tea incendiaria, una parte importante de la ciudad queda convertida en una inmensa hoguera (4). Á favor de la confusion que produce este desastre, los príncipes que habían sido conducidos ante Enrique emprenden la fuga para ir á aumentar las ya imponentes filas del ejército sajón.

Enrique, exasperado al ver su abandono, se ceba en Burchard, obispo de Alberstadt, orador elocuente, carácter emprendedor, personaje de gran prestigio, á quien reduce á permanecer entre los criados de cocina de la corte, obligándole á los trabajos más humillantes (5).

Más tarde este obispo es desterrado á Hungría, encargando su conduccion á un guerrero bávaro llamado Ulrico, que gozaba de toda la confianza del Emperador; pero éste le dejó escapar libre al hallarse en las riberas del Danubio.

Enrique tenía que observar como hasta sus cortesanos más adictos huían de él cual si fuese un apestado; de los excomulgados mismos fueron muy pocos los que le permanecieron fieles.

Se decide á escribir á los príncipes de la alta Alemania cartas llenas de afecto y hasta de caricias impropias de un soberano; pero no sólo no se le atendió, sino que costó trabajo el lograr que los enviados del Emperador fueran recibidos.

Furioso Enrique, reúne su ejército, al que une algunas hordas de bohemios, y se encamina á luchar contra los sajones, creyendo poder contar con personajes de la Sajonia tales

(1) Bruno, p. 133, *Annal. Saxon.*

(2) Lambert.

(3) Lamb., ann. 1076. Sigonius, *De Regno Ital.*, p. 220.

(4) *Civitas incenditur ita ut tota vel maxima pars ejus arsura videretur.* Lamb.

(5) Lamb., 1076.

como Othon de Nordheim, el duque Magno y otros; pero éstos, en vez de aguardar á Enrique como aliados, le aguardan como enemigos dispuestos á batirse contra él.

La Sajonia entera arde en deseos de luchar contra las tropas del Emperador; los que tienen una venganza que satisfacer, los que recuerdan al padre, al hijo, al hermano sacrificado por el despotismo imperial, todos anhelan la hora del combate. Recomendar allí la prudencia ó la calma constituye un crimen que merece el destierro y á veces la devastacion de las propiedades del que trata de contener el ardor de aquel fuego bélico. Todos se preparan para una lucha sin cuartel en que será preciso ó vencer ó morir.

El ejército sajón es un torrente que lo arrastra todo á su paso, nobles, vasallos, ancianos, niños, obispos, abades; los hijos de las grandes poblaciones como de las ocultas aldeas. Si llegan á encontrarse con las tropas de Enrique ni uno solo de los soldados de éste se escapa con vida. Pero lluvias torrenciales habían de tal suerte engrosado el Mulda, que es imposible vadearlo, y los dos ejércitos tienen que contemplarse en las dos márgenes opuestas sin poder venir á las manos.

Enrique retrocede persuadido de la inutilidad de sus desesperados esfuerzos y de lo funesto que habría de ser para él una batalla en que contaba con un ejército tan pobre por su número como por su organizacion y entusiasmo.

Miéntas el Emperador se considera perdido, los representantes de la Sajonia y de la Suabia, olvidando antiguas rivalidades, se reúnen para proceder al nombramiento de un nuevo rey, escribiendo ántes á la Santa Sede para que les aconseje respecto al partido que deberán tomar.

Gregorio responde con una carta escrita á los obispos, á los duques, á todos los alemanes en que se ve al pontífice que comprende su deber, pero de ningun modo al hombre dominado por miras egoistas.

«No nos mueve contra Enrique ni el orgullo del siglo ni una vana ambicion; la disciplina y el cuidado de las iglesias constituyen los únicos motivos que nos obligan á obrar; os pedimos como á hermanos que le tratéis con dulzura, si él vuelve sinceramente á Dios; no con aquella justicia que le arranca el imperio, sino con la misericordia que borra sus crímenes. Os suplicamos que no olvidéis la fragilidad de la naturaleza humana, que tengáis en cuenta el piadoso recuerdo de su padre y de su madre, á quienes no se puede comparar ninguno de los príncipes de nuestro tiempo. Sin embargo, al derramar sobre sus llagas el bálsamo de vuestra piedad, no descuidéis el vinagre de la disciplina, á fin de que sus heridas no se envenenen y el honor de la santa Iglesia y del imperio no se resienta de nuestra negligencia. Que aleje de sí á los malos consejeros que, excomulgados por causa de simonía, no han tenido inconveniente en infectar á su señor con su propia lepra y provocarlo á perturbar la Iglesia y á incurrir en la cólera de Dios y del Padre Santo;... que henchido por su orgullo no trate de sostener costumbres contrarias á la libertad de la Iglesia... Si á pesar de nuestros deseos no se decide á volver sinceramente á Dios, entónces buscad un príncipe que contraiga en secreto el compromiso de observar cuanto sea necesario á la conservacion de la religion cristiana y á la salvacion del imperio.»

En vista de esta carta, Rodolfo, Welf, Bertoldo, Adalberto, obispo de Wurzburg, Adalberto de Worms, y otros congregados en Ulm, acuerdan convocar una asamblea en Tribur para el 15 de octubre, á la que se invitará á cuantos se interesen por el bien del Estado. Hasta el arzobispo de Maguncia rompió con el Emperador para someterse al Papa, pudiendo decirse que toda la grandeza del imperio quedaba ya separada de Enrique (1).

Llega el día señalado. Los señores de Suabia y de Sajonia, seguidos de un ejército numeroso, se constituyen en aquella Tribur, que era ya célebre por la deposicion del carlovingio Carlos el Gordo. Allí asisten Sicard, patriarca de Aquilea, y Altman, obispo de Pasau, como representantes de la Santa Sede; allí los de la Suabia salen á recibir á los de la Sajonia, presididos por el patriarca revestido con sus ornamentos pontificales; allí Welf y Othon, que ve-

(1) Lamb.

nían siendo enemigos capitales, se dan estrecho abrazo; allí los caballeros que habían militado bajo distintas banderas se manifiestan la más cordial fraternidad, y cuando reunida la asamblea se principia á discutir acerca el nuevo rey, existe tal unidad de miras, que los de la Suabia están dispuestos á elegir un rey de la Sajonia, y los sajones un rey que pertenezca á la Suabia.

Enrique no se hace ilusiones acerca su situacion. Á aquel congreso que le acusa del des-arreglo de su vida privada, de haber envilecido las más ilustres dignidades del reino dándolas á hombres desconocidos entre la nobleza, de haber sembrado la desolacion en países ántes flo-recientes, de haber ensangrentado ciudades pacíficas, destruído iglesias, asolado monasterios; á aquel congreso que dice que con un rey semejante no puede haber ni apoyo para el débil, ni refugio para el honor ultrajado, ni respeto á las leyes, ni decencia en las costumbres, ni dignidad para la Iglesia, ni gloria para el Estado, Enrique le envía representantes suyos con las súplicas más humildes, prometiendo la enmienda y protestado que está dispuesto á dejar el gobierno con tal que le permitan continuar usando el título de rey y las insignias de la dig-nidad real, de que dice no poder desposeerse sin degradarse.

La asamblea contestó:

«Estamos firmemente resueltos á elegirnos un jefe que pueda guiarnos y luchar con nos-otros contra todo hombre orgulloso que se atreva á sublevarse contra la justicia, contra la verdad de Dios y contra la autoridad de la Iglesia.»

Al recibir el Rey esta contestacion al otro lado del Rhin, donde se hallaba con su ejérci-to, en un acceso de cólera reúne á sus tropas y las dice que va á dirigir las al combate donde afrontará la muerte ó impedirá que se le arranque la corona. Hubo un momento en que se creyó que las aguas del Rhin iban á verse enrojecidas con la sangre de los dos ejércitos.

Interpónese Hugo, el abad de Cluny (1). Éste, con el apoyo de Altman de Pasau y Udo de Tréveris, propone que se ofrezcan al Rey las condiciones siguientes:

«Escribirá al Papa y á los príncipes alemanes una carta duplicada confesando todas sus faltas; ofrecerá á los príncipes y al Sumo Pontífice las reparaciones legítimas, lo propio que sus partidarios, á fin de obtener la absolucion. El Papa irá en persona al año siguiente á Augs-burgo, el 2 de febrero, para tratar con los príncipes de los asuntos del Rey, del reino y de la Iglesia; y si el día en que cumpla el año de la excomunion, que es el 22 de febrero, Enrique no ha sido absuelto todavía, cesará de ser Rey, conforme previenen los cánones que privan de sus bienes y de sus honores á todos los excomulgados que no hayan dado satisfaccion, y en-tónces los príncipes procederán, sin aguardar las decisiones del Papa, á una eleccion nueva; pero si el Rey cumple con cuanto se le prescribe, los príncipes le acompañarán para que sea coronado en Roma (2).» Interinamente tendrá que licenciar su ejército, se abstendrá de usar las insignias reales, se retirará á Espira para vivir allí como simple ciudadano, y no podrá entrar en ningun templo ni resolver ningun asunto político.

El Emperador oculta su encono en el fondo de su pecho y ofrece someterse á todo. Se se-para de sus consejeros y parte para Espira con su esposa Berta y su hijo. Rey sin estados, sin autoridad, teniendo oculta una corona real que tal vez pronto se le arrebatará para siempre, herido por la excomunion, completamente aislado, en las largas horas de su soledad sublévase contra la idea de tener que presentarse en el banco de los acusados para que le juzguen aque-llos príncipes que eran sus enemigos. Enrique toma una resolucíon: para no tener que ser juzgado como rey se propone ir á arrodillarse ante el Papa como cristiano.

Interpone la mediacion de Hugo de Cluny, de la condesa Matilde; ofrece todas las satis-facciones imaginables, inclusa una peregrinacion á Jerusalem. El Papa contesta que se atiende á lo acordado, y escribe á los obispos y príncipes de Alemania que el 2 de febrero estará en Augsburgo.

(1) *Concilio sanctissimi Cluniacensis abbatis. Arnulf, Hist. Med.*

(2) *Pretz., Hist.*

No obstante esta contestacion, Enrique insiste en querer presentarse al Papa ántes de que termine el plazo señalado.

Sale furtivamente de Espira con su esposa Berta y su hijo Conrado.

Era poco ántes de Navidad; al principiar el invierno más riguroso de todos los del siglo décimoprimeró.

No le acompaña ninguno de sus antiguos aduladores. Faltado de recursos, pide medios para el viaje á algunos de aquellos á quienes él había enriquecido. Nadie le atiende y tiene que viajar reducido poco ménos que á la indigencia.

Enrique, para dirigirse á Roma, tiene que dar larguísimos rodeos á fin de que no se le cierre el paso.

El invierno era tan crudo que hasta las orillas del Rhin estaban heladas. Una fuerte nevada que cayó en octubre cubrió todo el país hasta fin de marzo (1). La pequeña caravana tenía que abrirse camino por un sendero apénas practicable al pié de enormes masas de nieve y de hielo, con riesgo de que hombres y caballos fueran á perderse para siempre en precipicios sin fondo.

Á cada paso que da tiene que vencer una dificultad ó salvar un peligro. Enrique empieza á temer con razon que para la época fijada no habrá podido ver á Gregorio y ni siquiera constituirse en Augsburgo, en virtud de lo cual se le declarará destronado. Concíbese fácilmente cuál había de ser su ansiedad.

Gastando su último dinero se procura guías que le enseñen á abrirse paso por las alturas del Monte Cenis, poco ménos que impracticables por la abundancia de nieve. Necesitóse toda la decision inspirada por el desespero para que el Rey, la Reina y el Príncipe no desistieran de un viaje que cada momento que pasaba parecía más imposible.

Tienen que descender por una pendiente tan rápida y tan resbaladiza á efecto del hielo, que no hay apénas donde poner el pié. Los hombres no tienen más medio que descender á gatas, y el que se desliza no puede detenerse hasta haber llegado rodando á la llanura (2). Para la Emperatriz y las mujeres que la acompañan se logró improvisar unos trineos.

Varios de los caballos que traían murieron precipitados. Los pocos que se salvaron no fué sino atándolos por las piernas y descolgándolos de esta suerte de aquellas alturas.

No sin grandísimas dificultades pudieron llegar á Turin.

El Papa había tambien salido de Roma para dirigirse á Augsburgo, sin reparar en lo riguroso de aquel invierno.

Sale Gregorio de su capital. Pero si Enrique, el rey de la espada, anda fugitivo, sin acompañamiento, viendo que las gentes huyen á su vista, en cambio Gregorio, el representante de la fuerza moral, el rey que tiene por espada la palabra de la excomunion, sale de su palacio con todos los honores que corresponden á su categoría.

Entre la escolta del Papa iba la soberana de unos Estados que Gregorio había de atravesar, la condesa Matilde, mujer de treinta años de edad, que cubría su juventud y su belleza con su armadura de guerrero, é iba acompañada del obispo de Luca, su confesor, y del primer abad de la cristiandad, Hugo de Cluny.

Con sus nobles y sus guerreros, Matilde, que era cristiana tan piadosa; mujer tan casta como princesa heroica é inteligente, con su cohorte de caballeros tomaba bajo su proteccion de soberana al sucesor de san Pedro (3).

La marcha de Gregorio era un triunfo. Muchos señores italianos le hicieron una recepcion verdaderamente real.

Al llegar á Verceil sabe que Enrique se encuentra en Italia.

La princesa Matilde ofrece á Gregorio el castillo de Canosa perfectamente fortificado. El

(1) Bert. Const., an 1077.

(2) *Ibi viri cum manibus et pedibus reptando interdum atque titubante per lubricum gressu cadendo et longius volutando, vitandum aliquando cum gravi salutis sue periculo, ad campestria pervenerunt.* Lamb.

(3) Fiorentini, segun Lambert.

Papa, ántes de proseguir su viaje, estima oportuno detenerse allí, pues la llegada de Enrique le ha cogido de sorpresa, y le precisa saber si el Emperador viene como penitente ó como enemigo.

LVII.

Reconciliacion de Enrique IV.

Apénas llegado el Emperador á Pavía, agitáronse extraordinariamente los enemigos de Gregorio. Los simoniacos, los nicolaitas y los que les estaban adictos por lazos de parentesco, por interes ó por deber, los hostiles al bando de los patarinos creían que Enrique venía para tomar la jefatura del partido hóstil al Papa y proceder á su destronamiento. Éstos, pues, salen á recibirle, le dispensan todos los honores reales y le declaran que están á su disposicion.

Colocarse á la cabeza de la rebelion contra Gregorio hubiera tenido desde luégo por resultado inmediato el que Enrique no hubiera ya podido presentarse á Augsburgo, en donde se le declararía destronado con tanta más razon cuanto que daba para ello este nuevo motivo.

Enrique manifiesta que su propósito no es otro que reconciliarles á ellos y á sí mismo con el Papa.

Sabedor Enrique de que Gregorio se encuentra en Canosa, encaminase hacia allí con su consorte Berta y su hijo Conrado.

La princesa Matilde, que acariciaba el ideal de poder armonizar las dos potestades, sale á recibir á Enrique.

Intercede ésta en favor del Emperador.

El Papa manifiesta que el que Enrique sea reconocido nuevamente como soberano de Alemania es asunto que debe estudiarse en la dieta de Augsburgo; que él no puede resolverlo. Enrique manifiesta que no trata de reivindicar la corona como rey sino de obtener la absolucion como pecador.

Gregorio, con aquel talento, con aquella habilidad que le distinguía, comprende que es ocasion de proceder como hombre práctico, y que en circunstancias como aquella es indispensable sobreponer el deber, por penoso que sea, á las debilidades de un sentimentalismo que pudiera producir malos resultados.

Nadie conoce á Enrique mejor que Gregorio. El pasado del Emperador ofrece una cadena de inconsecuencias, de veleidades, de caprichos contra que es menester prevenirse. Para Enrique no había habido hasta entónces promesas, juramentos, áun los contraídos con mayor solemnidad y consignados por escrito, á los que se creyese obligado. Obedecía á impresiones momentáneas, de las que se olvidaba con la mayor facilidad. Era la inconstancia misma.

El Papa exige á Enrique una condicion como testimonio de arrepentimiento, y es que ponga en sus manos su corona y sus insignias.

El Emperador se opone.

Era humillarle mucho, es verdad; pero se trataba de humillarle, no para perderle, sino para corregirle.

Hasta hubo quien llegó á pronunciar á los oídos de Gregorio acusaciones de dureza y de tiranía respecto del Pontífice.

Pero Gregorio traía su plan perfectamente meditado y creía que su deber de Pontífice y de verdadero padre de Enrique consistía en ejecutarlo, áun pasando por encima de acusaciones de crueldad, que para Gregorio habían de ser tanto más sensibles, cuanto que procedían de personas que no dejaban de merecerle alta consideracion.

El 25 de enero Enrique, con los piés descalzos, cubierto con un hábito de penitencia, se presenta públicamente para dirigirse al castillo de Canosa.

Estaba entónces en la plenitud de la edad; ostentaba una talla y una fisonomía digna de un emperador, conforme le describe un contemporáneo (1).

Penetra hasta el primer baluarte de la fortaleza y dibuja en la nieve sus robustas rodillas.

Ayunando desde la mañana hasta la noche el Emperador aguarda la absolucion del Papa. Gregorio se manifiesta inflexible.

El Emperador vuelve al día siguiente, y llega la segunda noche sin que se hayan abierto las puertas de la misericordia.

Viene el tercer día y el Emperador está arrodillado otra vez aguardando la hora de la absolucion. El sol toca á su ocaso y Enrique sigue esperando impaciente una absolucion que no llega.

Gregorio impone la condicion de que el Emperador jure fidelidad á la Sede romana. A la mañana siguiente Enrique compareció ante Gregorio.

Al ver al Papa el Emperador cae de rodillas, extiende los brazos en cruz y exclama:

—¡Perdon, Padre Santo, perdon!

Gregorio se enternece, al ver en aquella actitud, anegado en lágrimas, al hijo de Enrique III, y exclama:

—¡Basta, basta (2)!

Se le hace prometer que se presentará en la dieta de los príncipes alemanes, que se someterá al fallo que allí se pronuncie, que hasta entónces no ejercerá jurisdiccion como rey ni ostentará las regias insignias, que alejará á los consejeros que han sido funestos al imperio, que si se le restablece en su trono ayudará al Papa á corregir los abusos contrarios á las leyes de la Iglesia y que si falta á alguna de estas condiciones la absolucion será nula y de ningun valor.

Enrique consigna solemnemente:

—«Todo esto observaré de una manera leal é inviolable; así lo declaro con mi juramento.»

El 28 de enero el Papa, rodeado de seis cardenales, de un arzobispo, de dos obispos, del abad de Cluny y de varios nobles, alargando la mano á Enrique le introduce en el interior de la capilla del castillo, le da el beso de paz y va á celebrar él mismo la misa de reconciliacion.

Gregorio creyó que era posible completar la obra. Segun refieren autores contemporáneos tuvo lugar una escena, que aunque aparece con carácter legendario, es menester convenir que se concibe muy bien dada la gravedad de las circunstancias y el carácter de aquellos tiempos.

Despues de la consagracion, Gregorio con gran solemnidad, teniendo en sus manos la hostia santa dice:

—Me acusasteis de haber usurpado la Santa Sede por simonía, de haber cometido, así ántes como despues de mi episcopado, crímenes que, segun los cánones, me cerraban la puerta á las sagradas órdenes... Para quitar toda sombra de escándalo, aunque pudiera justificarme con el testimonio de aquellos que saben cómo he vivido desde mi infancia, quiero dirigirme, no al juicio de los hombres, sino al de Dios; quiero que el cuerpo de Nuestro Señor JESUCRISTO que voy á recibir sea hoy un testimonio de mi inocencia. Pido al Todopoderoso que disipe toda sospecha si soy inocente, que me haga morir de muerte repentina si soy culpable.

El pueblo respondió con aclamaciones al Pontífice.

Dirígese Gregorio inmediatamente al Emperador y tomando de nuevo la palabra, exclama:

—Haced, si lo creéis conveniente, hijo mío, lo que acabo de hacer yo. Los príncipes alemanes no cesan ni un solo día de acusaros ante mí de grandes crímenes... Si os sentís ino-

(1) *Statura etiam totaque corporis elegantia visus est imperialibus fascibus aptior.* Ekkechard.

(2) *In cruce se jactans Papæ, sapissime clamans: Parce, beate Pater, pie, parce mihi, peto, plane. Papa videns fletum, misertus ei, satis est, est.* Domnizo.

cente, librad á la Iglesia de este escándalo y á vos de este embarazo: tomad esta otra parte de la hostia, á fin de que esta prueba de vuestra inocencia cierre la boca á todos vuestros enemigos y me obligue á mí á ser vuestro defensor más ardiente para reconciliaros con los señores y terminar para siempre la guerra civil.

El Emperador se manifestó sorprendido ante una invitacion semejante. Su perplejidad era indescriptible. No sabiendo qué hacer, agitado, tembloroso, pide que se le conceda aconsejarse con sus confidentes.

Enrique da por toda contestacion que no estando allí ni sus defensores ni sus acusadores se aplace la prueba para el día en que se reuna la asamblea.

Al terminar la misa Gregorio dió una muestra de deferencia y consideracion á Enrique invitándole á comer con él, lo que aceptó el Emperador. En la mesa reinó la mayor cordialidad; Gregorio dió á Enrique importantes consejos, de los que se desprendía el interes que le inspiraba la persona del monarca, despidiéndose despues con las más expresivas muestras de afecto.

LVIII.

Nuevos actos de perfidia de Enrique IV.

Fuera del castillo de Canosa aguardaban á Enrique muchos señores italianos adictos á su causa.

Antes de que el Emperador se presentase á ellos, Gregorio les envió el obispo de Ceitz, quien manifestó la forma en que el Papa había levantado la excomunion á Enrique y que estaba en disposicion de levantarla tambien á ellos.

Las palabras del prelado fueron recibidas con generales murmullos. El obispo tuvo que salir de allí entre los insultos de los unos y las burlas de los otros.

—«El anatema de Gregorio, exclamaban, para nosotros es completamente nulo... La conducta del Emperador en este particular ha sido muy inconveniente;... acaba de deshorrar su nombre comprometiendo la dignidad de la Iglesia y el honor del Estado.»

La irritacion de los grandes muy pronto se comunicó al pueblo; de las quejas se pasó al motin, éste fué tomando graves proporciones, oyéndose salir de entre los revoltosos una voz que decía:

—Que sea depuesto el Emperador, ya que se ha mostrado indigno de continuar empuñando el cetro, y que se coloque en el trono á su hijo, quien, aunque de poca edad, nos conducirá á Roma para elegir otro Papa.

Enrique trató de excusarse. En vez de sostener sus actos con dignidad; en vez de proclamar que al someterse al Papa como á pecador obedecía á su conciencia de católico, Enrique se rebajó hasta decir que cuanto acababa de verificar no lo había hecho sino en bien del Estado, y que una vez libre de la posicion difícil que le creaba la excomunion, el sabría vengarse de los enemigos del Emperador y de los de la Italia (1).

Era este lenguaje una indignidad que no bastó para aplacar á los suyos, los cuales le recibieron con menosprecio, por las pruebas de ligereza que venía dando, y hasta con ira, acusándole de que despues de haber esperado tanto tiempo y con tanta ansiedad, creyendo que sería el salvador de la Italia, salían fallidas todas sus esperanzas (2).

Al atravesar la Italia para dirigirse á Reggio, no encontró por todas partes sino vivas muestras de descontento, y hasta de profunda irritacion contra él. En vez de una carrera de

(1) Lamb. an. 1076.

(2) *Accusabant quod tam diu expectatus tam anxie desideratus periclitantis Italiae calamitatibus nihil postremo spei, nihil præsidiū attulisset.* Lambert.

triumfos fué su viaje una serie de humillaciones. Muchas poblaciones al saber su llegada le cerraron sus puertas, nadie salió á recibirle, no encontró en su camino una sola muestra de adhesion; muy al contrario, tenía que acampar fuera de las poblaciones, sin que pudiera obtener de sus habitantes ni aún lo necesario para su alimentacion y la de los que le acompañaban.

Mucho había de mortificar esta conducta el orgullo de aquel monarca que, despues de sus victorias de Sajonia, se manifestó tan altanero y tan intratable. No faltaron aduladores que mortificaran su amor propio, echándole en cara su penitencia como un acto de humillacion indigno de un emperador y que iba á proporcionarle grandes conflictos.

Enrique se espanta al ver este testimonio de reprobacion de parte de sus antiguos adictos.

Por otra parte el odio contra Gregorio, la sed de venganza ardía dentro de su corazon por mucho que se esforzara en disimularlo.

¿Qué había de importarle un perjurio más?

Está dispuesto á romper solemnemente con el Papa. Busca un pretexto y no ha de tardar en encontrarlo.

Envía á Gregorio diputados á fin de que autorice á los obispos de Pavía y de Milan para que le coronen emperador en Monza, segun la costumbre de sus antecesores.

Necesitábase mucho descaro para formular una peticion semejante, despues del solemne juramento de dejar la cuestion política íntegra, á fin de que se resolviera en Augsburgo. Ocioso es añadir que Gregorio VII tenía dignidad de sobras para no atender á la demanda.

Constituído nuevamente en lucha con el Papa, ya entónces en Lombardía se le recibió con honores reales, ostentó públicamente sus regias insignias y aceptó como rey varios tributos.

Trato de desfigurar su penitencia diciendo que se le había dado proporciones que no tenía, que sus enemigos exageraban las formalidades del acto con el sólo fin de rebajarle.

No se limita á esto la perfidia del Emperador; sino que trata de apoderarse de la persona de Gregorio, y escoger despues él y sus partidarios otro pontífice.

En vista de semejante comportamiento, lo que ántes era desvío ú hostilidad contra Enrique de parte de los enemigos del Papa, se convierte entónces en entusiasmo hacia la persona del Emperador.

Este va á poner en práctica su proyecto.

Al hallarse en Reggio, poblacion que pertenecía á Matilde, y que distaba pocas millas de Canosa, manda legados al Papa manifestándole que desea tener con él una nueva entrevista.

Gregorio no acierta á concebir siquiera que la invitacion no sea más que un lazo para apoderarse de él, pues por mucho que conozca á Enrique, no le considera capaz de tal felonía.

El Papa está dispuesto á acudir á la cita.

Propónele el Emperador la convocacion de una nueva asamblea á la orilla opuesta del Pó, por creerla, dice, un medio de calmar la efervescencia del pueblo.

Gregorio se encamina al sitio señalado, seguido de las personas que constituyen su cortejo.

Enrique se adelanta y se pone de acuerdo con los que están encargados de prender al Papa. El plan está perfectamente combinado; el éxito es infalible; sólo falta que Gregorio se presente allí.

Matilde llega á tener noticia de la emboscada ántes de caer en manos de los parciales de Enrique, y el cortejo pontificio se aleja de aquel lugar siguiendo senderos extraviados.

Este incidente impidió que Gregorio pudiera presentarse á su tiempo á la dieta convocada en Augsburgo.

Este hecho consumó la reconciliacion de Enrique con los enemigos del Papa.

Entre los cortesanos del Emperador no se hace más que calumniar á Gregorio, usándose contra él un lenguaje tan indigno como violento.

Enrique contiene á los más exagerados diciendo que es menester preparar la venganza con calma á fin de que produzca mejor resultado.

De todas partes acuden revoltosos á engrosar las filas de Enrique; muchos pueblos de Italia le juran obediencia y fidelidad, le proporcionan recursos en abundancia para él, para su corte y para su ejército, y sintiéndose animado de un nuevo ardor, maldice públicamente las horas pasadas en Canosa (1).

Entre tanto Alemania se veía sumida en la mayor agitacion.

No sólo Enrique no ha cumplido ninguna de sus promesas, sino que ejerce su soberanía en Italia, esperando la hora de echarse sobre los alemanes.

Convócase una dieta general para mayo de 1077 en Forcheim, á la que se invita al Emperador. Éste responde que está muy ocupado en Italia y que no quiere arrostrar el descontento de los italianos separándose de ellos en circunstancias críticas.

La dieta se reúne.

Comparecen á ella legados del Papa, los cuales presentan las cartas pontificias de que son portadores, y recuerdan el modo como el Rey se ha desentendido de sus juramentos. Añaden que Gregorio hubiera querido poder asistir á la asamblea para ponerse de acuerdo con ellos; pero que Enrique tenía tomadas las avenidas, de suerte que el Pontífice no podía ni ir á Alemania ni volver á Roma; que de todos modos estaba resuelto á pasar allí, y les suplicaba que aplazasen para su llegada la eleccion de nuevo rey.

La asamblea en masa manifestó su respeto á los legados pontificios, poniéndose en pié despues que éstos hubieron hablado.

Toman la palabra varios de los asistentes y exponen los agravios recibidos de Enrique, que no sólo era infiel á todos sus juramentos, sino que había motivos de sobras para desesperar que anduviese por mejor camino.

Pero los personajes que constituían la asamblea no se manifestaron conformes en aplazar la eleccion para cuando se presentase el Pontífice. Dijeron que siendo como eran un pueblo libre, estaban en el derecho de elegir su jefe como hombres libres (2), que eran ellos los responsables de los destinos del imperio, el cual no había de quedar huérfano de rey, ya que el suyo había perdido el carácter de tal.

Nómbrase á Rodolfo, duque de Suabia.

Rodolfo se resiste á aceptar una corona que deberá comprarse á precio de su sangre. Se le deja una hora para pensarlo. Rodolfo acepta la corona el 15 de marzo, comprometiéndose á cumplir, en cuanto de él dependa, los decretos del Sumo Pontífice.

LIX.

Nombramiento del antipapa Guibert por el partido enriquesta.

Hubiérase dicho que hasta la naturaleza se unía á la satisfaccion de los enemigos de Enrique despues de ser elegido Rodolfo.

Tras de un invierno rigurosísimo inaugurábase hermosa primavera, en que el verdor de los campos, ántes cubiertos de nieve, el aspecto halagüeño de las flores, en lugar de la apariencia sombría que los hielos comunicaban á aquellas regiones, un ambiente placentero en pos de un frío irresistible, todo, en fin, parecía ser como el preludio de una época de bienandanza.

La triste realidad vino á destruir muy pronto tan bellas ilusiones.

No bien Rodolfo acababa de recibir la consagracion, cuando en el mismo templo tuvo lugar un incidente que revelaba la excitacion de los ánimos.

(1) Lamb., an 1077.

(2) *Ut liberi homines.*

Hubo prisa en manifestar que al elegir á Rodolfo no era tanto cuestion personal como de principios; que de lo que se trataba era de hacer salir triunfante la reforma iniciada por Gregorio VII. Miétras se celebraba la solemnidad de la consagracion del Rey, Sigifredo, por orden de Rodolfo, arrojó del servicio del altar á un diácono á quien se acusaba de simonía. Este alarde de celo en una circunstancia tan solemne disgustó á muchos de los asistentes, entre los que había algunos culpables del delito por el cual se castigaba al diácono de una manera tan pública. Una buena parte del concurso censuró tumultuosamente aquel acto con que se inauguraba el nuevo Rey.

En los regocijos públicos que siguieron á la solemnidad hubo tambien una conflagracion en que masas de hombres manifestaron sus simpatías por Enrique, se echaron sobre los soldados de Rodolfo que tomaban parte en la fiesta, se apoderaron de las armas que éstos habían dejado en las casas de bebida, y se arrojaron sobre el palacio y la iglesia donde el Rey asistía á visperas, dispuesta la plebe á incendiar ambos edificios.

Ejército y pueblo vienen á las manos, y las fiestas acaban quedando en la vía pública más de cien cadáveres.

El nuevo Rey, siguiendo una antigua costumbre, se encamina á Worms acompañado del obispo. Los habitantes de la ciudad le cierran las puertas.

En San Gall Rodolfo coloca al frente del monasterio al monje Lutold. Los partidarios de Enrique, que eran muchos en el monasterio mismo, penetran en el coro, rompen el báculo abacial y obligan á Lutold á quitarse sus ornamentos de abad.

Rodolfo escribe al Papa anunciándole su elevacion en que Gregorio no había consentido. El Pontífice pasó mucho tiempo sin contestarle.

El partido de Enrique iba creciendo notablemente en Alemania; y si ya contaba con algunos nobles, prelados y hasta parientes de Rodolfo, creyó que podía aceptar tambien hordas de aventureros venidos de Bohemia que se alistaban á su bando sólo porque veían en la guerra un modo de realizar sus instintos de pillaje.

Enrique trabajaba con grande ahinco en hacerse popular. Concedió, especialmente á las ciudades del Rhin, extraordinarios privilegios, otorgó particular proteccion á los mercaderes, sosteniendo á éstos en sus quejas contra los príncipes y los caballeros, lo que le proporcionó muchos partidarios entre la clase media, que se veía imposibilitada de dedicarse al comercio por las exacciones de los duques que, cerrándoles el paso, les privaban de poder exportar sus mercancías.

Ocioso es añadir que contaba con todos los elementos que pudiesen salir perjudicados con las reformas de Gregorio.

Rodolfo no dejaba de contar en sus filas personajes de primera talla, nobles, obispos de los más ilustres por su saber y su prestigio, abades, caballeros de la más alta categoría. Altman de Constanza, Sigifredo, hombre entusiasta, Guillermo de Hirsau, el varon más ejemplar de su tiempo, Bertoldo, Welf, Burchard de Neblemburgo, y otros muchos hombres famosos estaban íntimamente adheridos á la bandera de Rodolfo.

Rodolfo y Enrique se preparan para la lucha.

Enrique, al pisar país enemigo, siembra á su paso la desolacion; las hordas de Bohemia se distinguen en convertir en desiertos regiones que ántes ostentaban una vegetacion espléndida.

El incendio alumbra en Suabia dilatadas extensiones de territorio; lo que perdona la rapiña lo destruye el fuego.

El ejército de Enrique lleva por heraldo el terror.

No faltan eclesiásticos que le halagan y le protegen con todos sus recursos.

Imbricon, obispo de Augsburgo, celebra la misa en presencia suya, y le da la comunion en testimonio de la justicia de su causa. Al terminar la solemnidad cae enfermo. Ántes de concluir el año bajaba á la tumba.

Si Rodolfo envía legados al Papa, Enrique le manda también los suyos. Gregorio no se pronuncia en favor ni del uno ni del otro, sino que escribe á sus legados encargándoles que procuren evitar el derramamiento de sangre, y dice:

«Os prescribimos por la autoridad de san Pedro que exijáis de los reyes Enrique y Rodolfo que aseguren la libertad de nuestro viaje y nos proporcionen una escolta de gentes que merezcan vuestra confianza. Deseamos cordialmente componer sus diferencias con el concurso de los clérigos y de los seculares que en ese reino temen al Señor, y decidir en manos de quien la justicia debe colocar las riendas del imperio. Sabéis efectivamente que es nuestro deber y es también el derecho de la Sede apostólica el juzgar todos los asuntos mayores de la Iglesia. El que se agita entre los dos príncipes es tan grave y tan peligroso, que si lo perdiéramos de vista un solo momento, resultarían de ahí los más deplorables perjuicios, no sólo para ellos y para nosotros, sí que también para la Iglesia universal.»

El propio día Gregorio escribe una segunda carta á todos los súbditos del imperio teutónico.

«Nuestro corazón, dice, se halla anegado en la amargura ante el espectáculo de tantos cristianos próximos á perderse en este mundo y en el otro, la religion cristiana destrozada, el imperio romano amenazado de ruina por el orgullo de un solo hombre. Cada uno de los dos reyes invoca el concurso de la Santa Sede... Estamos prontos con nuestro consejo á decidir de parte de quién está la justicia... Tened entendido, mis queridos hermanos, que aunque desde nuestra salida de Roma hayamos corrido grandes riesgos permaneciendo entre los enemigos de la fe cristiana, no nos hemos dejado doblegar por las súplicas ni intimidar por las amenazas, y que no hemos prometido á los dos reyes sino nuestra justicia, porque preferimos arrostrar la muerte ántes que consentir en ser causa de perturbaciones en la Iglesia.»

Lo que el Papa quiere es constituirse en Alemania á fin de examinar el asunto por sí mismo. Enrique, en vez de facilitar la llegada del Pontífice, cierra todos los pasos de los Alpes, y ni aún á los legados tolera que pasen de la Baviera á la Franconia.

Empéñase Enrique en que sea el derecho despótico de las armas el que decida la cuestion.

Pasa de Ulm á Augsburgo, donde los burgueses le reciben con grandes aclamaciones.

Su paso por la Baviera se señala derribando los castillos y saqueando las aldeas.

Enrique tiene que retroceder en presencia de las tropas de Bertoldo y de Welf. En este movimiento de retirada que verificó á favor de la oscuridad de la noche, encuentra al paso un destacamento enemigo de cien hombres que, resistiéndose á rendirse, se refugian en una iglesia. Enrique manda que se pegue fuego al edificio. Aquellos cien valientes mueren todos abrasados en las llamas.

En las márgenes del Necker los dos ejércitos están tan cerca el uno del otro que pueden hablarse. Los soldados de Rodolfo dan á escoger á los de Enrique entre atravesar la corriente ó dejársela atravesar á ellos.

El mismo Rodolfo se dirige á las orillas del río provocando á su enemigo y diciéndole que si se empeña en no dejarle libre el paso, él le aguardará á dos millas de distancia hasta tanto que haya atravesado todo el ejército de Enrique, y que puesto que se trata de que la querrela termine en el campo de batalla, él desea que se deje el fallo á la decision del Árbitro supremo, sea por un duelo singular, ó por un combate general. Enrique no responde siquiera. Éste prevé que la accion ha de serle desventajosa.

Al fin entáblase una tregua.

Cuando se ha convenido en ella, Enrique la rompe apénas cuenta con el refuerzo de los bávaros.

Penetra en la Suabia, donde ejerce las vejaciones más indignas y más vergonzosas, vengándose cruelmente de sus adversarios. El duque Bertoldo, encerrado en su fortaleza de Lindberg, contempla desde allí la devastacion del país, ve el humo de los incendios que oculta las ciudades, las aldeas reducidas á escombros, y siente una emocion tan profunda que muy pronto sus hijos tienen que llorar su muerte.

HISTORIA DE ESPAÑA, LIBRO PRIMERO

En este libro se trata de la historia de España desde su origen hasta el reinado de los Reyes Católicos. Se comienza con la fundación de la ciudad de Turis por el rey Agostus, y se sigue con la historia de los reyes visigodos, desde Eurico hasta Leovigildo. Se describe la guerra de los visigodos contra los moros, y la conquista de España por los árabes.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

En este libro se trata de la historia general de Francia desde su origen hasta el reinado de los Capetinos. Se comienza con la fundación de la ciudad de París por el rey Meroveo, y se sigue con la historia de los reyes merovingios, desde Clotario I hasta Dagoberto II.

LA GUERRA DE ESPAÑA

En este libro se trata de la guerra de España entre los franceses y los españoles. Se comienza con la invasión de España por los franceses en 1562, y se sigue con la historia de la guerra de los ocho años, desde 1682 hasta 1701. Se describe la batalla de Alençon, la batalla de Ramillies, y la batalla de Malplaquet.

EL RENOVAMIENTO

O LA GUERRA DE LA GUERRA

En este libro se trata del Renacimiento y de la guerra de la guerra. Se comienza con la invención de la imprenta por el alemán Johann Gutenberg, y se sigue con la historia de la guerra de los cuarenta años, desde 1618 hasta 1648. Se describe la guerra de los treinta años, la guerra de los cuarenta años, y la guerra de los sesenta años.

HISTORIA DE LOS REYES CATÓLICOS

En este libro se trata de la historia de los Reyes Católicos, desde su nacimiento hasta su muerte. Se comienza con el nacimiento de Isabel I y Fernando II, y se sigue con la historia de su reinado, desde 1474 hasta 1504. Se describe la conquista de Granada, la unificación de España, y la descubrimiento de América.

ALMONAS EN LOS REYES Y REYES

O LA GUERRA DE LOS REYES

DE LOS REYES

En este libro se trata de las almonas en los reyes y reyes, y de la guerra de los reyes de los reyes. Se comienza con la invención de la imprenta por el alemán Johann Gutenberg, y se sigue con la historia de la guerra de los cuarenta años, desde 1618 hasta 1648.

LA PASION DEL REINADO

En este libro se trata de la pasión del reinado, desde su nacimiento hasta su muerte. Se comienza con el nacimiento de Isabel I y Fernando II, y se sigue con la historia de su reinado, desde 1474 hasta 1504. Se describe la conquista de Granada, la unificación de España, y la descubrimiento de América.

AÑO DE MARÍA

En este libro se trata del año de María, desde su nacimiento hasta su muerte. Se comienza con el nacimiento de Isabel I y Fernando II, y se sigue con la historia de su reinado, desde 1474 hasta 1504. Se describe la conquista de Granada, la unificación de España, y la descubrimiento de América.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 106 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.